

MADRID: por tres meses 8 reales, por seis 14, por un año 30



PROVINCIA: por tres meses 8 rs., por seis 17, por un año 30.

EL MENSAJERO DE LAS MODAS,

REVISTA MENSUAL DEL MUNDO ELEGANTE.

Gratis á los Suscritores al Semanario Pintoresco Español.

MODAS.

Las damas francesas han vuelto al siglo de los capuchones, y van á llevar una especie de mantillas... Tanto mejor, porque yo adoro la mantilla, como que es cosa española, y las españolas son muy entendidas en el arte de la coquetería.

Hé aquí algunas hermosas *mantas* que harán su aparición en Longchamps:

Primeramente una *Hébé* de tafetan verde primavera, adornada con siete guarniciones de cintitas moarés, que van á perderse en la sangría bajo una especie de manga cuadrada, formada por el corte de la *mante*. Desde esa manga no hay mas que cinco cintas que se prolongan por los paños anchos y cuadrados á la antigua... Dos espléndidos volantes de Chantilly guarnecen los contornos de la *Hébé*, mientras que la parte baja de las mangas simuladas está guarnecida de un solo volante. El capuchon á la marquesa forma por detrás canjilon, y por delante describe unas puntas que se anudan como una pañoleta. Téngase entendido que ese capuchon es de encaje, y que la *mante* arquea un poco el talle, sin lo cual no concibo cuál sería el mérito de la *Hébé*.

Llega otra *mante* llamada *Olivia*, que recuerda exactamente las que llevaban las señoras de alto tono en tiempo de Luis XVI. La *Olivia* es de tafetan morado, guarnecida de un ancho terciopelo negro, y una franja de guipure con flequillo. La guipure está sembrada de una multitud de perlitas de azabache, tan menudas y lindas que parecen chispitas. Los paños describen por delante como unas especies de tontillos á la antigua. El capuchon á la vieja, tiene un lazo de terciopelo negro, que cae en cabos flotantes hasta lo bajo de la *mante*.

Luego viene una *Diana* de tafetan color castaña, que describe un doble chal escotado. Un grñon de encaje oculta la escotadura y sostiene la *Diana* en los hombros. Ese grñon, fruncido en el medio, está adornado con un lazo de terciopelo. Cada pequeño chal está bordado con una cinta de terciopelo; en el primero hay una sola guarnición de encaje, y en el segundo dos.

Lo que es también elegante es una *Isabel*, de tafetan color de

rubí, bordada de ramitos de pasamanería de punto de Venecia, puestos al acaso sobre la *mante*, que es muy ámplia y un poco encajonada.

Una espléndida guipure de Venecia guarnece esa *mante*, que tiene un capuchon, con jareta de tafetan, con entredós y guipure de Venecia.

Hay también una manteleta *Veronese*, de tafetan azul de Francia, guarnecida de un rizado de terciopelo, que se contraría en cuadrillos. Esta manteleta está escotada como una echarpa y guarnecida en la escotadura con tres hileras de guipure y gafetes.

¿Y cómo serán los sombreros que aparezcan en Longchamps? Os aseguro que muy lindos y fantásticos.

Algunos figuran por detrás unos verdaderos sombreros redondos, mientras que por delante encajonan bien las mejillas.

De este género citaré un sombrero formado de volantes de encaje de paja, y de afollados de tafetan azul, velados por encaje de Chantilly. Cualquiera lo tomaría por una capellina, esto es, por un sombrero de anchas alas. Todo el interior del ala está forrado de tul boton de oro, afollado, con ramas de amapolas sobre las que revolotean... mariposas de cintas de todos colores.

Otro sombrero igualmente original, pero muy lindo, es un crespon liso y blanco que describe como unas bufantas de crespon y blanca. El borde del ala, como tambien los contornos del bavolet, están guarnecidos de un doble flequillo de deslumbrante blancura, que forma alrededor de la cara una nieve dulce y poética. En el ala lleva semillas de serbal, con mariposas blancas, color de naranja y verdes.

Un tercer sombrero, de suma sencillez, me agrada en extremo, por razon de esa misma sencillez parisiense. Es de paja de arroz, con una espléndida cinta puesta sobre el casco y que cae en largos cabos. Esa cinta es tan ancha como una banda, y tiene cuadros de terciopelo escocés y de rayas satinadas sobre fondo blanco. En el ala lleva lilas blancas, con mariposas blancas y color de rosa.

Las flores y las mariposas se armonizarán maravillosamente este verano; pero no sucede lo mismo con los vestidos, porque es seguro que las faldas se divorciarán aun del corpiño, y que las chaquetas de tafetan, de muselina bordada y de piqué inglés, con

JUNIO 1852

festonado mate, reemplazarán á las chaquetas de terciopelo y cachemira.

Se llevarán pocas telas lisas.

Todos los vestidos de tafetan llevan volantes rayados, flor-de-lisados, con gavillas y ramilletes de flores. De consiguiente hay vestidos turcos, argelinos, albanes, bayaderas... ¡Hermosos vestidos! Hé aquí uno de tafetan negro, con rayas satinadas color de grosella; otro de tafetan azul de Francia con volantes á disposición de cuadros escoceses; otro de estilo egipcio, con ramitos de todos colores sobre fondo gris perla; otro á la bayadera, con rayas transversales que cortan la falda de trecho en trecho como pudieran hacerlo unos volantes; otro de tafetan de Atenas, fondo negro, con un sembrado de ramitos Watteau, de tan admirable colorido, que parecen pintados á la mano.

Si yo dijese que adoro los tafetanes lisos, y que los hallo muy distinguidos, sería capaz la moda de ponerme pleito, diciendo que quiero hacer la oposición en todo y por todo.

En el caso de que mis amables lectoras participen de mi opinión, hé aquí cómo les aconsejo que adornen un vestido de tafetan negro liso.

Primeramente yo no pondría mas que cinco volantes en la falda, número que me parece muy razonable, poniéndolos al hilo y frunciéndolos apenas. Como se ha abusado mucho del terciopelo negro, y este me parece demasiado vulgar (aunque lindo y rico), haría una cosa nueva, guarneciendo cada volante con una cinta moaré, encima de la cual haría serpentear en arabescos otra cinta mucho mas estrecha. Guarnecería las baldillas de mi corpiño, igualmente que las mangas, de ese mismo modo, puesto que los tejidos á disposiciones son admitidos en el reino de la fantasía.

Si yo quisiese un chalequito, lo haría de piqué blanco, ó de muselina blanca, con una infinita cantidad de plieguecitos fijos. El chaleco sigue á la orden del día; es un furor; tanto, que las grandes coquetas tienen una coleccion de chalecos tan variada y completa, como los *lions* del Café de Paris y del Jockey-Club... Chalecos blancos por acá, chalecos color de rosa por allá, chalecos bordados de perlas y de canutillo, chalecos color de paja azul, lila, verde!... ¿qué sé yo?... Nada les falta: ni el cuellecito subido ó doblado, ni los bolsillos de lado, ni el bordado, ni el aire masculino... Ah! y qué fieras se ponen con el chalequito!... Tanto mas cuanto que colocan arrogantemente la corbata, anudada á la *négligé* del troner de buena familia.

Para la primavera, los chalecos de tela van á trasformarse en chalecos de muselina bordada, de encaje de Lila ó Bruselas, y en chalecos de piqué blanco. El chaleco de jaconas, adornado con bordado inglés, será tambien el favorito de la *fashion* femenina.

Muchas fantasías y escentridades, pues la moda femenina empieza á influir sobre la moda masculina.

Estoy lejos de quejarme por eso, porque las modas de los hombres saldrán poco á poco de su desesperante uniformidad.

Muchos chalecos bordados para el verano, corbatas y camisas bordadas, botones de varias clases en los puños de las camisas y en los chalecos, muchos dijecitos pendientes de la cadena del reloj: hé ahí el conjunto. Los pantalones se anuncian muy caprichosos. Hay muchos escoceses para pantalones de mañana, con cuadros mas ó menos grandes, mas ó menos regulares. El mayor número estan dispuestos de manera que dejan una gran raya en el medio sobre el delantero de la pierna, haciendo paralelo con la de atrás y encontrándose con las que atraviesan.

Se ven tambien algunos rayados perpendiculares y aislados, que se destinan para entre el día, pero se duda de su boga, porque los rayados fuéron abandonados hace dos ó tres años y no placen á la vista de ninguna manera; pero como la moda es tan caprichosa, sería temeridad el pronunciarse aun.

Los escoceses que indican mas novedad son muchas bandas cuadradas de diez, quince y veinte centímetros de dimension sobre un fondo acebrado; están hechos de matices diferentes, pero el bronceado, el verde, el gris y el negro obtienen la preferencia.

En general se notan ménos tejidos *chínés* de lo que nos habia hecho suponer la estacion de invierno; es un artículo muy-bello, pero que ha sido falseado con lana muy inferior, y muchos fabricantes han resuelto hacer mucho menos.

Se ven tambien muchos gris lisos, mas ó menos oscuros; el gris es siempre muy distinguido, y puede copiarse menos con materia comun, mucho mas cuando se conserva la mania de llevar las otras piezas del vestido de colores oscuros.

No obstante, tanto para vestirse entre el día como para los trajes de fantasía, se piden muchos colores de un matiz intermedio, es decir, ni muy claro ni muy oscuro.

TRADICION ESCOCESA.

La balada del joven Tamiano, que se cantaba aun en tiempo de Walter Scott, en la selva de Ettrick, muy célebre en las tradicio-

nes poéticas de la Escocia, reproduce bajo una forma viva y animada todas las particularidades relativas á la existencia y á las costumbres de las hadas. Esta balada brilla de imaginacion y poesía; tiene un no sé qué de fantástico y caprichoso, y ofrece alternativamente esas frescas imágenes y esas tintas que, en las historias amorosas de la antigua Escocia, hacen algunas veces un contraste tan extraño con el carácter sombrío, duro, triste y salvaje de esta poesía tradicional.

El dominio de Carterhaugh, que posee el joven Tamiano, es un sitio temido, adonde se recomienda que no vayan las jóvenes. Menos prudente que sus compañeras, la joven Juanita, coquetilla de curioso humor, se aventura á arrostrar todos los males que le han anunciado. Adornada con su bello manto y sus hermosos cabellos rubios ricamente enlazados con joyas de oro, se dirige hácia Carterhaugh y va á sentarse junto á la fuente, donde encuentra al caballo de Tamiano sin ginete. De repente un hombrecito de apariencia extraña y lenguaje misterioso aparece junto á ella como si saliese de debajo la tierra; la toma por la mano, y la conduce por entre las hojas verdes y las matas de rosas.

Cuando Juanita volvió á casa de su padre, estaba pálida y descompuesta. Desde aquel día se tornó triste, lánguida, y no se mezcló ya en los bailes, olvidándose de peinar su cabellera. Empezaron á despertarse sospechas contra ella, y su padre, lleno de tristeza, la dijo un día: «Ah! pobre Juanita! Sospecho que vas á ser madre.—Entonces será una cosa maravillosa, replicó ella, porque nunca tuve amante alguno.

Sin embargo se dirige otra vez al dominio de Carterhaugh para hablar al joven Tamiano.

La balada sigue del modo siguiente:

Cuando llegó á Carterhaugh, se dirigió á la fuente, y volvió á ver el caballo sin ginete.

Apenas habia cogido dos rosas, cuando apareció el joven Tamiano y la dijo: No cojais mas; ¿por qué cogéis esas rosas en este verde jardín?

—Es preciso que me digais la verdad, Tamiano; no debeis mentir. Decidme si habeis entrado alguna vez en una santa capilla, ó si habeis sido bendecido en nombre de Cristo.

—«Os diré la verdad, Juanita, y no mentiré. Mi padre era un caballero como el vuestro; mi madre era una castellana.

Rodolfo, conde de Murray, fué mi padre; Dumbard, conde de March, es el tuyo. Nos amamos cuando éramos niños: quizá te acordarás aun!

Cuando llegué á tener nueve años, mi tío me llamó junto á él para cazar y hacerle compañía.

Vino un viento del norte, un viento agudo y penetrante; un profundo sueño se apoderó de mí, y caí del caballo.

La reina de las hadas se apoderó de mí para hacerme habitar sobre la colina verde, y me ha trocado en espíritu de hechicería. Hermosa, mirame bien.

Nosotros los que vivimos en país de hechicería, no conocemos penas ni enfermedades; dejo mi cuerpo cuando quiero, y lo vuelvo á tomar en seguida.

Podemos habitar á nuestro antojo en la tierra ó en el aire; nuestra forma y nuestras proporciones pueden achicarse ó agrandarse á nuestra voluntad; una cáscara de nuez puede servirnos de mansion tan bien como un soberbio palacio.

Dormimos en el dulce cáliz de las rosas; bailamos sobre el arroyo; loqueamos ligeramente sobre la brisa, y jugueteamos sobre un rayo de sol.

No me cansaría pues de habitar este país, si no fuera por el tributo que se paga al infierno cada siete años; y estoy tan gruoso que temo me elijan á mí.

Esta noche, Juanita, es la noche de Halloween, y si quieres reconquistar á tu amante, no tienes tiempo que perder.

Esta noche es la noche de Halloween, y la que quiere volver á ver á su amante debe velar junto á Miles-Cross.

—Y ¿cómo te veré, Tamiano? ¿Cómo te reconoceré entre tantos caballeros sobrehumanos?

—La primera tropa que veas pasar, dí no, y deja que sea leje; la segunda tropa que veas pasar puedes estar segura de que estaré en ella.

Deja pasar al caballo negro, Juanita, y luego deja pasar al caballo bayo; pero precipitate hácia el caballo blanco como la leche, y derriba á su ginete.

Porque yo monto el caballo blanco como la leche y camino siempre sobre la derecha; me conceden esta honra porque soy un caballero cristiano.

Mi mano derecha llevará guante, Juanita, mi mano izquierda irá desnuda; con estas señas me conocerás. Seguramente estaré allí.

Me trasformarán entre tus brazos en culebra y en sapo; me trasformarán entre tus brazos, Juanita, en un haz ardiendo.

Me trasformarán entre tus brazos, Juanita, en barra de hier-

ro candente; pero tenme firme y no me sueltes porque no te haré daño.

Sumérgeme primero en una cuba de leche y despues en una cuba de agua; tenme firme y no me dejes escapar, que yo seré el padre de tu hijo.

Me darán en tus brazos, Juanita, la forma de una paloma, despues la de un cisne, y en fin me darán en tus brazos la forma de un hombre desnudo; echa sobre mí tu manto verde y volveré á ser yo mismo.»

Sombria, sombria estaba la noche, espantoso era el camino, mientras que la bella Juanita, con su manto verde se dirigió á Miles-Cross.

Los cielos estaban negros, la noche oscura y el sitio era temible; pero Juanita permanecía allí con el deseo ardiente de abrazar á su amante.

Entre media noche y la una, un viento del norte desgarró la nube, y oyó pasar por el viento sonidos extraños y misteriosos.

En el momento, de la mas espesa oscuridad oyó resonar las campanillas de plata atadas á las bridas de los caballos, y Juanita estaba tan alegre como pudiera haberlo estado de cualquiera otra cosa del mundo.

Sus flautas de paja de avena dejaban oír sonidos asombrosamente agudos; notas mas altas, producidas por los tallos de cicuta y por las cañas de los pantanos, herian el oído; pero los sonidos graves y los sombríos pensamientos no pertenecen á los espíritus de hechicería.

La bella Juanita esperaba con valor firme sobre aquel páramo solitario, y á medida que el tropel avanzaba, el ruido le llegaba cada vez mas alto.

Fuego fatuo marchaba delante haciendo brillar su luz, y muy pronto vió toda la tropa de hechiceros cabalgar á su vista.

Primero pasó el caballo negro, todo negro; en seguida pasó el caballo bayo, y se lanzó sobre el caballo blanco como leche, derribando al jinete.

Lo separó de su caballo blanco y dejó sueltas las riendas; entones se levantó un grito de angustia:

«Le hemos perdido para siempre!»

Le trasformaron entre los brazos de Juanita en lagarto y en culebra; pero lo tuvo firme para que llegase á ser el padre de su hijo.

Le dieron en fin en sus brazos la forma de un hombre desnudo, lo rodeó ella con su manto verde, y reconquistó á su amante.

Entonces habló la reina de las hadas saliendo de una mata de azucenas:

«La que viene á apoderarse del jóven Tamlano, tiene por cierto un buen novio.»

Entonces habló la reina de las hadas saliendo de una mata de centeno.

«Ha tomado el mas lindo caballero de toda mi comitiva.

»Pero si hubiera sabido, Tamlano, que una dama te robaría, te hubiera arrancado los ojos azules para poner en su lugar dos ojos verdes.

»Si lo hubiera sabido, Tamlano, antes de salir te hubiera arrancado tu corazon de carne, para poner en su lugar un corazon de piedra.

»Si hubiera tenido ayer el espíritu que me ha venido hoy, hubiera pagado siete veces mi tributo al infierno antes de dejarte robar.»

ECONOMIA DOMESTICA.

ACERO.

Hay muchas recetas para impedir que el acero se enmohezca:

- 1.º Hacerlo calentar hasta el color rojo, y apagarlo en un barniz negro compuesto de aceite, enebro y plumas.

- 2.º Hacerlo calentar hasta el color rojo, y estregarlo con cera ó introducirlo en aceite.

- 3.º Las piezas pulidas se lavarán con agua hirviendo, en la que se haya introducido tres onzas de potasa por cada cuartillo.

- 4.º Tomar diez partes de aceite de linaza, dos de polvo fino de litargirio, hacer hervir en un caldero de hierro ó de cobre durante media hora, dejar enfriar y colarlo; volverlo al fuego y hacer disolver dos partes de succino pulverizado, añadir seis partes de aceite de trementina. Este barniz, aplicado ligeramente con una esponja sobre el acero y lavado este en seguida con una mezcla de agua y de potasa, conserva su brillantez.

- 5.º Hacer derretir tres onzas de sebo, un adarme de alcanfor pulverizado y treinta gotas de aceite esencial de espliego; con este barniz se limpiará el acero.

Para soldar el acero y el hierro se derretirá boraj en una vasija de tierra: se añadirá la décima parte de sal amoníaco, y se dejará enfriar en una plancha de hierro, despues de lo cual se agre-

gará igual cantidad de cal viva y se reducirá todo á polvo. El hierro y el acero se calientan hasta el color rojo, y se derrama encima esta composicion, que se derrite como la cera. Se vuelve á poner al fuego, pero á un grado de calor menos elevado que el que comunmente se emplea para soldar. Se retira, y se reunen á golpe de martillo las dos superficies.

LA ROMERIA.

COSTUMBRES VASCONGADAS.

I.

—Muy temprano, muy temprano

te levantas hoy, María;

muy tempranito te peinas,

muy tempranito te alinas.

¿Adónde vas, niña, adónde?

—Voy, madre, á la romería,

que el tamboril desde el alba

resuena en Santa Marina.

—Cuida, niña, de tu honra

y de tu corazon cuida,

que en esas fiestas esponen

honra y corazon las niñas.

—No tengais cuidado, madre,

que Juan ayer me decia:

¡Ay niña, cuanto te quiero!

¡Ay cuanto te quiero, niña!

Y como tanto me quiere

y es tanta su valentia,

mi corazon y mi honra

defenderá si peligran.

—Niña, niña, la inocencia

en tu corazon habita,

y mis amantes temores

en esa inocencia estriban.

¡Ay de la niña que pierde,

liviana ó inadvertida,

honra y corazon, mas caros

que el oro y la plata fina!

—Con Dios, mi madre, quedaos,

que el tamboril, madre mia,

tan-taranlantan resuena,

resuena en Santa Marina.

II.

Por la estrada de Mendieta

baja á la fiesta María.

¡Ay Dios que ligera baja!

¡Ay Dios qué linda, qué linda

No saltan de rama en rama

mas ligeras las ardillas,

que salta de llosa en llosa

los altos setos la niña.

Su pié tan leve, que apenas

dobra la yerba que pisa,

zapatito fino calza

y calza azul media fina;

blanco es su vestido, blanco

como su seño, y prendida

lleva en la sien una rosa

fresca como su mejilla,

y en dos trenzas cuyos lazos

la inocencia simbolizan,

su cabellera, tan negra

como sus ojos, se agita.

Desiertos quedan los campos,

desiertas las caserías

que entre los robles blanquean

en las montañas vecinas;

que alegres viejos y mozos

bajan al valle en cuadrilla:

los mozos bajan al baile,

los viejos bajan á misa,

pues el tamboril, en tanto

que las campanas repican,

tan-taranlantan resuena,

resuena en Santa Marina.

III.

Ribera del manso río

hay un campo, que á porfia

sombreados altos nogales

y olivientes flores tapizan.

Las brisas del Oceano

que á lo lejos se divisa,

llegan hasta allí, y la atmósfera

refrescan y purifican.

En el centro de ese campo

rompe la bóveda umbría

de entrelazado follaje

la espadaña de una ermita.

En ese campo, morada

de soledad otros días,
 hoy tiene el placer su imperio,
 su centro tiene hoy la vida,
 pues tamboril y campanas
 llaman á la romería,
 y á tan alegre concierto
 todas las penas se olvidan.
 Allí confundidas yacen
 edades y jerarquías,
 y ante la ley del contento
 las almas se identifican.
 Id allí, ciegos apóstoles
 de creencias fatalistas...
 La felicidad no es sueño
 ni la libertad mentira,
 que ambas se gozan al son
 del tamboril que este día,
tan-tarantantan resuena,
resuena en Santa Marina

IV.

El corazón se dilata
 y alborozado palpita
 cuando los ojos contemplan
 ese manantial de dicha.
 Bordan la margen del río
 y el ambiente aromatizan
 mil canastillos de frutas
 que Pomona envidiaria,
 y bajo toldos de ramas
 do quier á la gula incitan,
 ya delicados manjares,
 ya espirituosa ambrosía.
 A la sombra de los árboles
 comen y beben y brindan
 sobre manteles de flores
 cien venturosas familias;
 y esos cordiales banquetes
 alegra la sinfonía,
 á cuyo compás los ciegos
 la caridad solicitan.
 ¿Veis aquel círculo inmenso
 allá, enfrente de la ermita,
 que se estrecha ó que se ensancha,
 que ya aplaude ó que ya silba?
 Ya el villano le entusiasma,
 ya el aurreescu le estasia,
 ya el fandango le alborozó,
 ya el arin-arin le anima;
 que el tamboril, sin intervalo,
 y cada vez mas aprisa,
tan-tarantantan resuena,
resuena en Santa Marina.

V.

El sol escondió su disco
 entre nubes purpurinas
 tras las montañas que el valle
 por Occidente limitan,
 y poco á poco, el murmullo
 y el movimiento y la vida
 se debilitan y cesan
 en derredor de la ermita.
 Mas la vida que allí falta,
 por vegas y por colinas
 con doble vigor se estiende
 en direcciones distintas.
 Oid, oid los cantares
 y los gritos de alegría
 con que atruenan los romeros
 las selvas circunvecinas.
 Por la estrada de Mendieta
 torna á su casa una niña,
 y como es medrosa, lleva
 un galán por compañía.
 ¡Pobre madre, pobre madre,
 que esperas llorando á tu hija!!!
 No flores, pues ella ríe
 lo que ha de llorar un día!

Hermosa ha sido la fiesta!
 pero tú no sabes, niña,
 que el néctar tiene sus heces
 y la rosa sus espinas!
 Tal vez llorarás otro año
 cuando el tamboril, María,
tan-tarantantan resuene,
resuene en Santa Marina.

VI.

«¡Ay de la niña que pierde,
 liviana ó inadvertida,
 honra y corazón, mas caros

que el oro y la plata fina!»
 Así te dijo tu madre
 hoy hace un año, María,
 ¡y por Dios que según lloras,
 no mintió tu madre, niña!!!
 Nadie tu llanto recoge,
 que ya para nadie brilla
 una perla en cada lágrima
 de tu abrasada pupila!
 Esas vírgenes, que fueron
 tus compañeras queridas,
 felices con su inocencia
 bajan á la romería,
 y tú avergonzada escondes
 la frente descolorida,
 y ni á decirles te atreves:
 «¡Adios, compañeras mías!!!»
 El tamboril allá abajo
 difunde el gozo y la vida;
 pero su son, los dolores
 de tu corazón aviva.
 ¡Ah, pobre niña! Hoy se cumple
 una fatal profecía,
 que hoy hace un año (¿te acuerdas?)
 te dijo una voz amiga:
 «Tal vez llorarás otro año
 cuando el tamboril, María,
tan-tarantantan resuene,
resuene en Santa Marina.

ANTONIO T. Y LA QUINTANA.

EL CONDE DE CAYLUS Y EL PINTOR DE MUESTRAS.

El conde de Caylus, que consagró al estudio de las artes y antigüedades una gran fortuna y su vida entera, era hombre de extraordinaria sencillez en el vestido. Detúvose un día en una calle de París delante de una tienda sobre la cual un pintor de muestras estaba pintando un San Francisco. Tenía el conde su carruaje á algunos pasos de distancia. Viendo el pintor desde lo alto de su escalera que le observaba un hombre al parecer inteligente, redobló de pronto su esmero; pero creyendo después que sería alguno de su oficio, suspendió su trabajo, y dirigiéndose al conde le rogó con muchas instancias le diese algun consejo. Fueron las observaciones de este tan de su gusto y tan agradable el tono con que las hizo, que no titubeó en pedirle retocase su obra y tomase su pincel.

Toma Caylus pinceles y paleta, sube á la escalera y concluye el San Francisco de una manera tan satisfactoria para el autor titular, que este, en el colmo de su admiración, se empeña en llevarle á la hostería vecina para manifestarle su agradecimiento; pero á una señal del conde se acerca el rico y elegante carruaje que esperaba á cierta distancia, y ve el pintor de muestras, lleno de asombro, que el lacayo con el sombrero en la mano le abre respetuosamente la portezuela. «Hasta mas ver, compañero, le dijo Caylus dándole la mano; dejemos el convite para otra vez que volvamos á encontrarnos.»

En un banquete que dió Periandro á varios sabios de la Grecia, se propuso la cuestion de cuál era la clase de gobierno mas perfecta y mas capaz de hacer la felicidad de los pueblos. Solon dijo que era aquella en que la injuria hecha á un particular interesaba á todos los ciudadanos, y en donde la ley ocupaba el sitio de un tirano. Thales dijo que el mejor gobierno era aquel que conservaba á los súbditos en un término medio entre la pobreza y la riqueza. Anacarsis fué de opinion que donde se honra la virtud y se odia y persigue al vicio, allí se halla el buen gobierno. Pitaco dijo que allí habrá buen gobierno donde las dignidades y empleos de la república solo se confieran al mérito y á la virtud, y nunca al vicio y á la maldad. Cleóbulo fué de sentir que donde los ciudadanos temen mas á la infamia que á la ley, no podia dejar de haber un gobierno justo. Perfecto será el gobierno, dijo Chilon, en donde se escuche la voz de la ley con preferencia á la de los oradores. Y yo, dijo un simpron que leía este cuento, sin oponerme en modo alguno á los dictámenes de esos señores sabios, soy de opinion que la mejor clase de gobierno es aquella en que se gobierna mejor.